

Cric, crac, cric: cinco deseos para ti

Cinco ramitas de higuera

JOSÉ ANDRÉS GÓMEZ

ROCÍO PARRA PARRA
(ilustraciones)

Ediciones SM, Bogotá, 2020, 97 pp., il.

ENTENDER QUE tu partida era el inicio de esta aventura me hizo comprender que “no siempre consigues lo que quieres. Aunque si lo intentas, a veces consigues lo que necesitas” (p. 7). De esta manera, *Cinco ramitas de higuera*, obra ganadora del XII Premio de Literatura Infantil y Juvenil El Barco de Vapor 2019, del autor José Andrés Gómez, con ilustraciones de Rocío Parra Parra, nos introduce en un viaje de la mano de los personajes (la mamá, Tomás, el hermano menor, y el narrador, el hermano mayor), a partir de un suceso triste: la muerte del abuelo materno.

Aunque podríamos pensar que este suceso se verá reflejado en la narración y afectará a los personajes principales, como ocurre en anteriores obras galardonadas con este mismo premio, el autor opta por un enfoque totalmente diferente: hay que recordar de manera alegre a aquellas personas que partieron, por lo que su apuesta se centra en detalles y toques especiales que sazonan sutilmente la historia para crear un ambiente encaminado más al humor que al drama, más a la sonrisa que a las lágrimas.

Toda esta apuesta se desarrolla sobre un fundamento que será recurrente durante toda la obra: pese a que los seres queridos parten, los objetos que una vez les pertenecieron siguen conteniendo la esencia de ellos, como recuerda aquel verso de Jorge Luis Borges, del poema “Las cosas”: “Durarán más allá de nuestro olvido; / no sabrán nunca que nos hemos ido”. Así queda ejemplificado en todos los objetos que el abuelo guardaba en el clóset y que lo identificaban: “[...] menjurjes vencidos, colonias, sobrecitos con polvos desconocidos, pastillas misteriosas y hasta gajitos de hierbas secas que le daban a él y a la habitación esa habitual fragancia a remedio guardado” (p. 9).

Esta esencia contenida en los objetos del abuelo se resalta en uno en particular, el cual encuentran los

protagonistas escarbando en el clóset de él, cuando buscan aquella bolsa misteriosa que contenía los dulces de café:

[...] una cajita de madera, poco más grande que una caja de fósforos. No tenía adornos. Negra y al parecer hecha de la misma madera que los demás muebles de la habitación, pero más vieja si se podía, solo parecía otra caja más, con pomadas o estampas de santos. (p. 17)

La cajita de madera era la puerta a un mundo lleno de aventuras que, mediante cinco ramitas cortadas y alineadas, así como fósforos, restos de hojas secas y un papel doblado, amarillento, con un mensaje enigmático: “1. Pedir un deseo. 2. Romper una de las ramas” (p. 19), sería la poción mágica para resolver todos sus problemas.

El hallazgo de la cajita generó en los protagonistas de esta historia la necesidad de elaborar un listado con todos los deseos que en sus corazones guardaban. Sin embargo, no fueron suficientes las horas invertidas en ello, pues, sin ninguna conclusión, cayeron en un sueño profundo que les brindó la oportunidad de decidir, según las circunstancias que vivían, qué era lo que realmente necesitaban.

Este simple hecho ubica al autor en una vía opuesta a esa larga tradición literaria en la que los objetos mágicos (lámparas o lavadoras) o los príncipes azules son los salvadores que dirigen al protagonista, quien solo se limita a un rol pasivo o secundario en la historia. Aquí se nos plantea un juego en el que la toma de decisiones y el camino a recorrer están exclusivamente guiados por las acciones de los protagonistas. Por lo tanto, ¿será que efectivamente la caja concede deseos?

La tensión narrativa creada a partir de esta incertidumbre se acrecienta por el discurso y las preguntas que el narrador se hace y le transmite al lector: “Pero yo no podía dejar de pensar o tal vez simplemente de anhelar... ¿Y si no fuera así? ¿Si esas ramitas de verdad concedieran deseos? ¿Cómo no íbamos a imaginar que a lo mejor sí podrían servir?” (p. 20). Este juego planteado por el autor va de la mano con su propuesta humorística, ya que los cinco deseos que les son concedidos a los protagonistas, y que el lector debe descubrir por sí mismo,

nunca resuelven la duda, lo que ayuda a conservar la magia y el misterio de la trama.

Paralelamente a esa trama principal, se desenvuelve una subtrama que casi no percibimos, ya que el narrador no hace mucho énfasis en ella: el sufrimiento de la madre de los protagonistas ante la partida del abuelo. El dolor que siente ella se va acentuando a medida que la narración avanza: pasamos de una madre que recuerda cómo jugaba con su padre cuando era pequeña, a la colada de maicena que él comía por las noches y su intento por recobrar, a través de su álbum de fotos, aquellos momentos vividos: “[...] podíamos ver que la foto era de ella abrazando al abuelo, con nosotros dos más chiquitos haciendo muecas a la cámara y tirados en el jardín de la casa” (p. 90), lo cual desencadena su llanto profundo.

Ese episodio en particular es el que trae a la luz y nos recuerda la verdadera trama del libro: el legado del abuelo. O más bien, el vínculo del pasado con el presente: “Es bonito. Lo que une a un niño con su abuelo, ¿no?” (p. 84). Este vínculo se genera por medio de la cajita de madera que les deja el abuelo a sus dos nietos. Un legado que tiene la característica de funcionar como un objeto que se debe utilizar en caso de emergencia y, más allá de concedernos todos los deseos que anhelamos con nuestro corazón, nos da la oportunidad para que intentemos conseguir lo que realmente necesitamos.

Cinco ramitas de higuera conduce al lector hacia un viaje inesperado, despoblado de monstruos, sirenas, cíclopes, magos, unicornios, príncipes azules o princesas que necesitan ser rescatadas, para ubicarlo en un terreno en donde lo cotidiano posee su propio sabor mágico y hasta las pruebas más duras de la vida tienen su lado amable.

Navegamos por una narración llena de amor, humor y sencillez, mientras seguimos de cerca a los hermanos enfrentando diferentes problemas que la vida les plantea, y lo hacen rompiendo una a una las ramitas (cric, crac, cric) que, más que ser un poder para beneficio propio, les permiten entender que lo más importante de la vida es la felicidad de los seres que amamos.

Andrés Felipe Bohórquez Forero